

quien, por impericia ó desgracia, ha faltado á su deber.

—¿No le parece á V., le dije, que debiéramos perseguir á los bandidos? Cargados con su presa no estarán muy lejos.

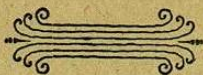
—Ciertamente, pero ¿qué es lo que falta del convoy?

En este momento el capataz acababa de contar sus mulas y exclamó:

—¡Cinco, señor capitán! ¡cinco me faltan! ¡He perdido en esta noche el fruto del trabajo de toda mi vida! ¡Por qué me aconsejó V. que viniéramos á estas horas aquí? ¡Por Dios! hágame V. hallarlas... yo recompensaré este servicio.

Y el infeliz, soltando su antorcha, se dejó caer en el suelo.

El capitán, cual queriendo reparar el mal que un consejo imprudente ó culpable hubiera ocasionado, eligió doce de los soldados mejor montados, les mandó proveerse de ramas de abeto que les sirvieran de antorchas, y poniéndose al frente de ellos se dispusieron á emprender la persecución. Aunque yo no esperaba resultado de esta pesquisa tardía solicité un puesto en la expedición que no ofrecía peligro y don Blas me admitió sin dificultad.



IV

El que la hace la paga

A pesar de las antorchas era casi imposible descubrir la pista de los raptos sobre un terreno canchizado: más que los ojos debía guiarnos el raciocinio en nuestras pesquisas. Desde donde estábamos se descubrían las luces del pueblo de La Hoya: no habrían tomado aquella dirección. El costado izquierdo, lleno de derrumbaderos no era practicable en la oscuridad. Lo más seguro era que hubiesen ganado las montañas cubiertas de bosque, que dominaban la derecha; por consiguiente, debíamos explorar aquella parte.

Un soldado hizo observar que las antorchas delatarían nuestra presencia; pero antes de apagarlas echamos una ojeada por el terreno: había un sendero escarpado que terminaba en el camino. En este sitio nos colocamos tres, mientras los demás exploraban si había otras comunicaciones por allí. Al cabo de media hora volvieron: nada habían visto, pero se habían asegurado de que no había más sendero que el

que guardábamos. Era, pues, muy probable que, siguiéndole, diéramos con la huella de los fugitivos.

Los soldados, con la promesa de una recompensa, trabajaban con el ardor de una trailla lanzada á la pista de un ciervo. Unicamente el capitán aparecía inquieto y disgustado. De vez en cuando se apeaba un ginete y pegaba el oído al suelo. Solo se oían los silbidos del viento.

A pesar de la falta de indicios, los soldados, por el admirable instinto mejicano, parecían seguros de que iban con acierto por allí.

Acabado el terreno pedregoso y metidos en otro más blando, no tan difícil de explorar, pronto uno de los soldados, á la débil luz de una yesca, descubrió la huella diferente de dos pies de mula: debía ser una de las del convoy que se habían herrado por la mañana.

Estas huellas repetidas nos condujeron á un raso espacioso al cual aflúan varios senderos. Allí desapareció toda pista, y como, según don Blas, no podían examinarse aquellos senderos sinó á la luz del sol, dió la orden de alto; orden que fué acogida con murmullos de disgusto.

Echamos todos pie á tierra, se encendió una hoguera para librarnos del frío, y se colocaron dos centinelas que paseaban á alguna distancia. Cerca del amanecer oímos el ruido de ramas que se rompen. Un centinela avanzó en aquella dirección con la carabina en una mano y un tizón en la otra; poco después volvió trayendo una mula sin su preciosa carga. La habían atado en medio de la espesura.

Explorado el bósque en todas direcciones no encontramos otra huella de los bandidos y esta mula abandonada hacía temer que, después de repartirse el botín hubiesen tomado distintas direcciones.

Esta idea, que nos descorazonó, produjo muy diferente efecto en el capitán. Parecía que hasta enton-

ces no tomara interés alguno en la persecución; pero en aquellos momentos se enfureció, profiriendo terribles amenazas contra aquellos criminales.

—¡Ah! exclamó, si alguno cae en mis manos le mando fusilar sin formación de causa.

Y esto diciendo, se paseaba don Blas arriba y abajo, abriendo brechas con su sable en los matorrales. En seguida montamos á caballo. Uno de los tres senderos que daban al raso era tan estrecho y poco accesible que no debía conducir á ningún sitio habitado. Los otros dos conservaban numerosas huellas de hombres y de animales. El instinto de los soldados señaló la primera senda como la que más probablemente habrían tomado los ladrones. Sin embargo, don Blas dispuso la exploración de las otras dos, dividiéndonos al efecto en dos grupos, y concluida la exploración deberíamos volver á reunirnos al mismo raso dos horas después de salir el sol. Don Blas se colocó á la cabeza del uno y Juanito á la del otro.

Yo seguí al capitán, á pesar de sus esfuerzos por disuadirme; adivinaba que no escogía el camino más peligroso. El sendero que seguíamos nos condujo hacia la llanura, y pronto allí nos encontramos con varios caminos. Esta contrariedad nos obligó á dividirnos en fracciones de á dos para recorrer esas diversas ramificaciones.

—Si esto continúa, dije á don Blas, nos diseminaremos de tal modo que es posible que, en vez de cazar, seamos nosotros los cazados. Pero al capitán, por lo visto, maldito el cuidado que le daba ese peligro. Penetró sin vacilar por uno de los caminos, y le seguí solo. En cuanto estuvo fuera del alcance de la vista de sus compañeros su ardor se entivió de repente; paró su caballo y se puso á alabar la belleza del paisaje.

—Suceda lo que quiera, me dijo luego el capitán, quiero tener la conciencia limpia en todo esto, y ver

¿dónde llega la audacia de un bandido. Encontramos en el camino un pedazo de madera: don Blas lo examinó, conociendo que era de una de las cajas que contenían los sacos de monedas. Nos hallábamos, pues, otra vez sobre la pista de los que buscábamos.

Entonces se alejó él solo á todo escape, habiéndome rogado con insistencia que le aguardase donde me hallaba; y ya la sospecha se trocó en certidumbre á mis ojos: don Blas se hallaba en connivencia con ellos y quería encontrarlos sin testigos.

Una detonación lejana vino á sacarme de mis amargas reflexiones, y también creí oír como el eco de un grito de alarma. Acaso el capitán habría sido muerto ó herido. Retrocedí para buscar refuerzo y llegado al sitio donde nos habíamos separado disparé sucesivamente mis dos pistolas, y á esta llamada acudieron los soldados.

—¡Canallas! clamó Juanito, son capaces de haber matado al capitán solo por quitarle sus charreteras de oro.

Y para evitar una desgracia tan contraria á sus intereses, el cabo puso su caballo al galope; los lanceros le siguieron, y yo les acompañé impaciente de encontrar á don Blas. En efecto le hallamos, tendido en el suelo, con el pecho atravesado por una bala. Aunque la herida era grave y perdía mucha sangre, aun vivía. Uno de los soldados le vendó la herida con bastante habilidad, con los pañuelos que le dimos. Mientras otro soldado iba en busca del caballo y á él se le recostaba contra un árbol, examiné el terreno.

El capitán debió sorprender á los bandidos cuando se repartían lo robado, puesto que se veían esparcidos por el suelo los sacos vacíos y los cajones hechos pedazos. No obstante, don Blas me dijo que no había visto á nadie y que al llegar allí le derribó del caballo un tiro de carabina, añadiendo que conocía al que lo había disparado. Esta contradicción era de-

masiado evidente para que no se le invitase á explicarla: pero el capitán guardó silencio.

Trajeron el caballo, y el herido declaró que se hallaba en estado de ir á reunirse con el convoy; pero fué preciso colocarle en la silla y que un soldado subiese á la grupa para sostenerle y coger las riendas. Llegamos á La Hoya á medio día, y no bien habíamos acomodado á don Blas en una de las casas del pueblo cuando una patrulla de soldados que saliera á explorar aquella campaña volvió trayendo á un hombre atado. La cara ennegrecida del preso estaba medio tapada con un pañuelo, que es el disfraz que emplean los salteadores cuando no quieren ser reconocidos.

Creí reconocer en él á don Tomás Verduzco, aunque procuraba ocultarse á mis ojos. Pidió que le condujesen á presencia del capitán: la voz, aunque alterada, era la del matón. Tomando la delantera á los que le conducían, entré en la casa donde estaba don Blas. A la vista del prisionero tornóse lívido el rostro del capitán, y brilló en sus ojos la ira, más guardó silencio.

En cuanto al preso revelaba una impudente confianza, y dijo:

—¿Qué es lo que acabo de saber, don Blas? ¿Usted herido gravemente! ¿Han asaltado la conducta y se me acusa de haber tomado parte en ese crimen? Páreceme que sufro una horrible pesadilla.

—Temo, don Tomás, que no sea algo peor que un sueño, respondió con frialdad el herido.

—¿Qué significa esa acojida glacial? continuó el bravucón, ¿acaso V. estará menos satisfecho de verme que lo estoy yo de haberle hallado?

—Al contrario: dudo de que V. se halle tan contento de verme como yo lo estoy de tenerle en mi poder.

—No lo comprendo á V., capitán, repuso Verduzco con el mayor descaro.

—Pues bien fácil es: si estoy satisfecho es porque podré tratarle á V. como un ladrón de camino real, como á un asesino, y fusilarle sin formación de causa.

El valiente de oficio se turbó, pero luego se repuso, diciendo:

—¡Fusílmeme! No estoy tan falto de protectores como V. cree, y si es necesario, señor capitán, hablaré, diré...

Le llegó la vez de turbarse al capitán; impuso silencio al criminal con gesto imperioso y haciendo señas á Juanito para que mandase desocupar el cuarto, se quedó solo con Verduzco.

No he podido saber lo que pasó entre aquellos dos hombres. Después de una hora de conversación el bandido salió del cuarto escoltado por Juanito, el cual desde entonces pareció tratar al preso con las mayores atenciones. El herido no se había agravado; más bien se le notaba mejoría. Después de dos días, pasados en un casucho de la Hoya, don Blas se disponía á acompañarnos hasta Jalapa en una litera que el capataz dispuso con este objeto.

Faltaban cinco leguas para llegar allá; apresurando el paso podríamos entrar en Jalapa á la puesta del sol. Juanito llevaba á la grupa al preso atado cuidadosamente, y por el camino charlaban como dos amigos que van á una fiesta. Habíamos andado ya dos leguas y nos faltaba poco para llegar á San Miguel Soldado. Entonces observé que insensiblemente, quizás á causa del doble peso que llevaba, el caballo del cabo se iba quedando atrás. Yo moderé el paso del mío de modo que los siguiese á cierta distancia. A poco Juanito prorrumpió así:

—¡Diantre! lleva V. unas botas magníficas, don Tomás.

Entonces reparé que el cabo calzaba un borceguí y un zapato.

—Celebro que sean de tu gusto mis botas, y ten-

dría mucho gusto en ponerlas á tu disposición; pero esto cuando me las pueda quitar.

—Mil gracias don Tomás; no pretendo poseerlas hasta que ya no le sirvan á V. Este es mi modo de obrar con los amigos y V. lo es mío. Por consiguiente aguardaré.

Ambos bajaron la voz y no pude oír más de su conversación. Además reclamaba mi atención la belleza soberana del paisaje. Al pie del pico de Macuiltepetl, sobre el tapiz de verdura que cubre el valle, y en medio de naranjos floridos, de elegantes palmeras y de bananeros cargados de fruto, se destaca la ciudad de Jalapa como en el seno de un gran canastillo de flores. Después de un buen rato de contemplación puse mi caballo al galope y alcancé los últimos rezagados: Juanito y el preso. Observé que el cinturón del cabo no ceñía tan estrechamente como antes el cuerpo de aquel, y sospeché una tentativa de evasión favorecida por Juanito. De pronto el cinturón se hizo dos pedazos cortado por el cuchillo de Verduzco, y este, desliziéndose al suelo, echó á correr. Pero Juanito espoleó su caballo, le alcanzó y apoyando el cañón de su carabina en la cabeza del asesino le destrozó el cráneo.

—A fé mía que no podrá quejarse de que no le he guardado toda clase de consideraciones, dijo el cabo, colgándose la carabina todavía humeante, puesto que hace ya dos horas que podía tener sus botas.

Y echó pié á tierra, despojo de las botas codiciadas el cadaver de Verduzco, y se las cambió en el acto por el desigual calzado que llevara hasta entonces murmurando:

—Ya sabía yo que acabaría por equiparme completamente.

—Escuche V., amigo Juanito, dije acercándome, hay en lo que acabo de presenciar un misterio que no comprendo, y le daría á V. de buena gana un peso, si quisiera explicármelo.

—Con mucho gusto, respondió embolsándose el duro, que creo no encontraría un confesor tan generoso como Su Señoría. He obrado de este modo por orden de mi capitán. Hacer fusilar á ese pícaro hubiera sido, á los ojos de la justicia, un caso que nos hubiera costado muy caro: ponerle en manos de los jueces era ofrecerle una ocasión magnífica para hacerse absolver. Por el contrario, matarle cuando trataba de fugarse, era un caso legítimo de represalia. Esta tentativa de evasión, en la cual yo parecía convenir, no era sinó un lazo concertado entre el capitán y yo.

—Pero ¿cómo es que el capitán tenía tanto rencor á un hombre con el cual estaba en íntimas relaciones.

—¡Ah! eso es otra cosa. Antes de mandar á Verduzco á un mundo mejor, mi capitán me encargó que le confesase: es lo que he hecho. He aquí, pues, lo que he sabido y que á nadie diré más que á V. Contando don Tomás con protectores que tenía en elevados círculos se había comprometido á lograr para el capitán la comisión de escoltar la primera conducta que saldría, con tal que consintiese, mediante participación, en el robo de una parte de ella.

D. Blas aceptó el negocio, pero en honor suyo debo decir que pensaba restituir después, de sus economías, la parte que se adjudicara en el botín. Usted sabe lo ocurrido al convoy; pero lo más gracioso del caso es que el golpe lo ha dado una partida que no era la de Verduzco; y mientras él esperaba á la conducta al lado de allá de La Hoya otros con mayor acierto la espíaban del lado de acá, y estos son los que han herido al capitán. D. Blas, creyendo que Verduzco le ha hecho traición, me ha dado orden de levantarle la tapa de los sesos; y de seguro respirará más tranquilamente cuando le dé cuenta de la confesión y de la muerte de su cómplice.

Avivamos el paso para alcanzar el convoy. Así que Juanito alcanzó la litera del capitán, fué á colocarse á la portezuela.

Momentos después hizo detener las mulas, apiñóse la gente en torno de la litera y corrí allá para saber lo que ocurría. La emoción causada por el relato del cabo había sido funesta al herido, produciéndole una hemorragia interior, cuando llegué se hallaba en la agonía.

La muerte de don Blas rompía el último lazo que me retenía cerca del convoy. Resolví separarme de él. Las escenas que acababa de presenciar me habían afectado hondamente. Hice alto y al poco rato ví desaparecer entre la niebla la litera que llevaba el cadáver del capitán: la escoltaban algunos ginetes con sus lanzas bajas en señal de luto.

